



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

DÍAS EN LA HISTORIA DEL SILENCIO

MERETHE LINDSTRØM

TRADUCCIÓN DE BENTE TEIGEN GUNDERSEN

Y MÓNICA SAINZ SERRANO



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: agosto de 2025
TÍTULO ORIGINAL: *Dager i stillhetens historie*



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

© Merethe Lindstrøm
Originally published by H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard), Oslo, 2011
Published in agreement with Oslo Literary Agency
and Casanovas & Lynch Literary Agency
© de la traducción, Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano, 2025
© Errata naturae editores, 2025
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-14-6

DEPÓSITO LEGAL: M-14797-2025

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Tornada*, 2023. Oil on canvas de Guim Tió ©

MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Fui yo quien lo dejó entrar.

El intruso, lo llamaría más tarde, pero no entró por la fuerza. Tocó el timbre, como haría cualquiera, y yo abrí la puerta. Aún me inquieta cuando lo pienso. En realidad, quizá sea lo que más me molesta. Tocó el timbre y yo abrí.

Tan cotidiano.

Tal vez le hubiese visto fugazmente abajo, en el jardín, aquella misma mañana, cuando Simon se fue al trabajo. Es posible que hubiese estado ahí quieto, entre los árboles. Un hombre joven, de diecinueve o veinte años.

Cuando abrí, estaba en el umbral, esperando a que lo dejase entrar. Cualquiera, podría haber sido cualquiera.

Buenos días, dijo. Me gustaría usar su teléfono.

Había algo en aquel «buenos días». Hoy en día no hay mucha gente que lo diga, aunque por aquel entonces, en los años sesenta, era más habitual. Sin embargo, no lo dijo como si lo sintiese, que fuese un buen día, o que me lo deseara. Me pareció algo que decía sin más, algo destinado a todos y a nadie en particular.

No tenemos teléfono, tuve el impulso de responderle. Pero era una mentira flagrante.

Oía a las niñas en el salón. Helena no era más que una recién nacida, estaba acostada en un moisés mientras las otras dos jugaban en el suelo a su lado. Sonó la señal horaria de la radio; tras él se desplegaba el jardín, a esas horas tan tempranas el aire está estancado, la lluvia de la noche anterior apenas se vislumbra como un ligero rocío en las hojas, la hierba verde, recién despertada, adormilada, algo tiembla en la transición de las sombras al roce con la repentina luz del día. No sé qué buscaba con la mirada, quizá una excusa para cerrar la puerta.

La conexión es bastante mala, dije.

No pasa nada, contestó. Me pregunté si era él quien debía decir aquello. ¿No debería haberlo dicho yo?

Llevábamos ahí parados unos minutos, y la sensación de ser maleducada hizo que finalmente le abriese por completo y me hiciera a un lado. Cuando lo dejé entrar, en el momento en que pasó por delante de mí, percibí el olor que le envolvía. Era el olor a otro ser humano, alguien que se ha acercado demasiado; mi sensación de inquietud intensificó aquella impresión. En el recibidor miró a su alrededor, buscando el teléfono u otra cosa. Hizo un gesto con la cabeza hacia el aparador, se limitó a descolgar el auricular, el sonido de la señal mientras lo sostenía sobre el dial rotatorio, y el clic cuando volvió a colocarlo en el aparato.

No tenía intención de llamar por teléfono. Era evidente que no tenía intención alguna de llamar por teléfono. Lo que buscaba podría ser cualquier cosa.

Bonita casa, dijo.

Sí, repuse.

Me había fijado en un estuche que llevaba sujeto al cinturón, un pequeño estuche que podría contener algo, una herramienta, ¿una navaja de bolsillo? Entonces debió de ver a las niñas. Greta tumbada bocabajo, frente a una enorme hoja de papel, embebida en su dibujo; junto a ella, esparcidas por la alfombra, ceras de colores. El vestido de Kirsten se le había subido, dejando a la vista el pañal; estaba construyendo una torre de bloques, colocando una pieza encima de la otra. Debió de observarlas, permanecer así un rato antes de que ellas se percatasen de su presencia, porque sentí que mi desasosiego iba en aumento. Pensé que debería abrir la puerta y pedirle que se fuese, pero no era posible.

Una voz baja, como un susurro, saliendo de la radio, las largas ramas del árbol que se mecen con el viento de fuera, dando la impresión de que algo se acerca y se aleja de nuevo. A menudo me he quedado despierta pensando en ello; las niñas que alzarón la vista, mirándolo interrogantes a él, a mí. Los brazos de Helena agitándose, sobresaliendo del moisés. Llevaba despierta un rato, sabía que pronto empezaría a llorar, de aburrimiento o por hambre.

Paso por delante de él y entro al salón; un reflejo hace que levante el moisés para colocarlo en la amplia mesa de comedor; lo dejo ahí, lejos de él. Al fondo del salón.

Él ha dado un par de pasos, y se detiene con la mirada clavada en las niñas; los garabatos de Greta se convierten en una casa grande, una niña con un vestido triangular, el sol en la esquina derecha. Se esfuerza en acabar una flor.

¿Por qué están en el suelo?, preguntó él.

Están jugando, respondí.

Eso no es lo que he preguntado, repuso. La irritación en su voz. La percibí. Estamos acercándonos a algo, pensé, quizá a aquello por lo que ha venido. Quizá piense que es aquí donde debemos quedarnos, que es aquí adonde ha querido llegar siempre, hasta este punto.

¿Quieres un poco de café?, pregunté tratando de evitarlo, dar un paso atrás hacia lo que podría haber sido esta visita.

Él negó con la cabeza. No quiero nada.

No era verdad que no quisiese nada, yo lo había entendido.

Los brazos de Helena agitándose, jugando con los dedos. Greta que se había levantado, que nos estaba mirando.

Fue un riesgo que asumí.

Tengo algo de dinero, le dije. Y noté que algo se contraía en mi bajo vientre, pues al principio pareció no haberme oído, o no darle importancia, como si el dinero tampoco aclarase nada. Yo pensé: Si tan sólo quisiera dinero. Se acercó a las ventanas con vistas al jardín. La casa era la misma entonces, no hemos hecho grandes reformas. Aunque el jardín era más pequeño, había más árboles, una parte mayor del bosque se adentraba en la zona del jardín, árboles que hemos talado más tarde.

Cuánto tienes, preguntó girándose y quedándose quieto, inmóvil, como una silueta a contraluz, con el rostro ensombrecido.

Cuando fui al recibidor a por el bolso, me siguió.

Veinte coronas, dije. Es todo lo que tengo.

Se las puse en la mano. Una mano pálida; recuerdo aquella mano, creo que nunca la olvidaré. La extendió como si no tuviese intención de cogerlas, sólo aceptarlas, como si eso supusiese una gran diferencia. Me percaté. No se trataba de mucho dinero, pero sí algo más en aquella época. Se las metió en el bolsillo, y yo lo miré, y por primera vez me embargó la sensación de encontrarme con su mirada. Como si antes no hubiese alcanzado sus ojos. Noté mi corazón, su ritmo debía de haberse alterado, latía contra mi pecho cada vez con más rapidez, sin querer recobrar la calma.

Creo que los dos nos giramos en cuanto ocurrió. Greta subiéndose a una de las sillas del comedor, quizá en un intento por consolar al bebé que ha empezado a llorar. Tira del ligero capazo, la silla se vuelca, y por poco no se lleva el moisés en la caída. Greta pega un chillido, se lleva la mano a la pierna y grita. La bebé se asusta y llora todavía más. Consuelo a Greta, la abrazo contra mi pecho, palpo su espinilla donde ha aparecido una furiosa mancha roja. Coloco el moisés en el suelo. Me olvido del hombre, olvido que está detrás de mí.

Y cuando me giro, no lo está. No está ahí, y Kirsten tampoco. Durante un instante reina el silencio. Las niñas han dejado de llorar, la voz de la radio se ha tomado un descanso, sólo la rama al otro lado de la ventana se mece con calma.

Quiero gritar, pero tengo a Greta justo a mi lado. Pronuncio su nombre con cautela. Kirsten, digo, Kirsten. Busco, miro a mi alrededor como si el único motivo por

el que no la veo fuese mi propia confusión. En cuanto me dispongo a bajar las escaleras hacia el sótano, descubro que la puerta de la terraza está abierta.

En el jardín corre una brisa suave, no sé qué llevo puesto, un jersey fino y un pantalón, o un vestido, quizá con un delantal por encima, en aquella época los usaba a menudo. El jardín reluce, percibo la hierba húmeda. Al fondo, la entrada a un pequeño bosquecillo. En los años venideros talaremos los árboles que la rodean, aunque dejamos algunos porque tenemos esa idea de que las niñas deben ver árboles, de que lo necesitan. Me adentro entre los arbustos, en el bosquecillo.

Está sentada en un tronco, como prestando atención a algo. En aquel instante permanece tan inmóvil que me asusto, digo su nombre. Se gira, mira hacia mí antes de señalar entre los arbustos. Quizá le haya seguido, quizá él la haya traído hasta aquí.

Parece ilesa. Está encima de un grueso tronco y señala hacia el bosque. Como si él la hubiese abandonado allí y hubiese continuado su camino, desapareciendo en la espesura.

El episodio, lo denominaría más tarde. Cuando hablaba de él con otras personas, con Simon, con nuestras hijas ya adultas. Como si viniese de un lugar desconocido, como el propio intruso, de otro lugar. Esa palabra griega compuesta de varias partes, en la que una parte significa entrada, como la entrada a una historia, una vida, pero también otra que significa que se ha introducido algo,

en las tragedias es el diálogo insertado entre los coros. El episodio es la expectativa de algo más. Sin embargo, no hubo nada más, tocó el timbre aquel día y, después de eso, desapareció.

No sé nada del intruso. Más tarde, vi una nota en el periódico, la descripción de un joven que había entrado por la fuerza en varias casas de la zona; la nota hacía sospechar que podía encontrarse en un estado de confusión. De alguna manera fue como si nada hubiese ocurrido, Kirsten estaba ilesa. Aun así, no dejé de pensar en él. En quién era. En ocasiones me despierto con la sensación de que acaba de presentarse en la puerta, de que lo he dejado entrar de nuevo. Entonces es como si nunca quisiese marcharse, sino quedarse aquí con nosotros. Su presencia ha ido atenuándose con los años. Debo de haber sustituido su rostro por el de otros. Pero el suceso en sí se ha vuelto más pronunciado, más nítido, parece que, cada vez, se acerca más a mí.

El episodio, que está rodeado de algo duro e inalterable cuando pienso en él. Como si hubiese grabado o hendidido algo. Una rasgadura, semejante a un desgarrón en un lienzo grueso, en el día cotidiano, y a través del cual se hubiese manifestado algo que no debe manifestarse, algo que no debe hacerse visible.

Pensé a menudo en ello más tarde, cuando empecé a dar clases. El intruso era de la edad de mis alumnos. Yo trabajaba en un instituto de enseñanza secundaria en el centro, una institución antigua. Una de esas escuelas con un

nombre tradicional anclada en sus propias convicciones, tan inquebrantablemente rodeada de ellas como de adoquines y asfalto. Pasaron los años, y supe que un día me dejarían de lado. El instituto se bastaba a sí mismo. Caminaba por sus pasillos, creo que me desplazaba con la sospecha de que así era, de que el edificio me consideraba superflua.

Enseñaba Lengua y, durante una época, también Literatura, una asignatura optativa muy popular entre los alumnos. Yo, por mi parte, no estaba tan segura. Solía echar un vistazo a los chavales del aula, oía mis pasos en el pasillo y pensaba que el tiempo transcurría, y mis propias excusas para quedarme allí parecían cada vez menos racionales. No obstante, me aferraba a aquella identidad. Era profesora, profesora titular. Y como tal me vestía, me movía, mi papel determinaba mi vocabulario, mis limitaciones. Como si no pudiesen reemplazarme sin más. Y, a medida que transcurrían los años, los de mi edad iban diluyéndose, sin que dejaran de acudir en masa constantemente compañeros más jóvenes y mejor formados.

Solíamos encontrarnos para el almuerzo, Simon y yo, si hacía bueno; su consulta médica no estaba lejos del instituto. Recorría la calle Nygaten, con todas las tiendas, la calle Allehelgensgate, Markesmauet, y bajaba por la calle de Peter Motzfeldt hasta el parque, el estanque Lille Lungegårdsvannet, donde nos sentábamos en un banco con vistas a la fuente. Engullíamos la comida y conversábamos un poco antes de regresar al trabajo. Él a sus pacientes, yo a mis alumnos. Solía recogerme al terminar la

jornada laboral. En el coche escuchábamos música clásica, comentábamos el día.

Si yo tenía una hora libre y él alguna cancelación, nos reuníamos en la confitería del edificio del telégrafo y, cuando cerró al cabo de muchos años, en una cafetería que, en realidad, a ninguno de los dos nos gustaba.

No sé si echo de menos el trabajo, pero deseo formar parte de algo, tengo siempre la sensación de estar al margen, excluida. Ahora que las niñas ya no son niñas, sino mujeres adultas a las que vemos de vez en cuando. Ocasionalmente hemos tenido relación con algunos compañeros, algunas vacaciones con conocidos. Pero hace mucho de eso.

Pasé años en aquella aula mirando a los que parecían ser los mismos alumnos, todos sacados del mismo molde tras cursos en el edificio, listos para la universidad. Fingí participar en ello, así es como lo siento ahora. Algunos destacaban, y cada cierto tiempo quizá había uno que mostraba especial interés, que no opinaba que leer a Olav Duun era un insulto a su persona. Es posible que también madurasen durante sus estudios, o que yo exagerase mi impresión respecto a lo similares que acababan siendo. Los veía como una expresión del lugar, de todo eso de lo que ni yo lograba desprenderme, sino que continuaba año tras año. En un trabajo que sospechaba que no era el adecuado para mí, que no era lo que de verdad quería. Sin que supiese qué debería hacer al respecto. Me repetía que era afortunada por estar allí, trabajar allí. Solía decir que me encontraba a gusto.

Y entonces, un día, me regalaron flores, y los alumnos me compraron una edición de lujo de la novela *Meddenneske* de Olav Duun¹. El director pronunció algunas palabras y sirvieron tarta y café. Los días cambiaron repentinamente después. Al principio era maravilloso que sólo fuésemos Simon y yo. Su transformación gradual comenzó hace un par de años. Aunque quizá su desasosiego estuviese presente mucho antes, quizá sea una expresión de algo que lleva tiempo deseando. Marcharse.

A veces me despierto creyendo que oigo la voz de Simon, esa voz que voy olvidando poco a poco, a medida que la reemplaza el silencio. Me despierto y comprendo que debo de haberla oído en sueños. Es tan raro ya que diga algo...

La vejez tiene vistas a un paisaje sombrío. Helena, nuestra hija más joven, llamó hace un par de semanas diciendo que había recogido a su padre en una parada de autobús donde parecía estar estudiando los horarios.

¡Papá!, había exclamado. ¿Adónde pensabas ir?

¿Adónde iba?, me preguntó tras traerlo a casa en coche.

No pude responderle. No lo sé, dije. Es inquietante, susurró para que Simon no la oyese. Podría haberse marchado sin más.

Unos días más tarde se pasó por casa con el sobre y el formulario. Los dejó en el aparador del recibidor.

¹ La traducción literal del título es *El prójimo*, aunque no existe edición castellana. (Todas las notas son de las traductoras).

Aquí los dejo, mamá, anunció. La vi inmóvil en la entrada, en la penumbra. Helena, que era apenas un bebé cuando se produjo el episodio. Se me había olvidado encender la luz. Busqué el interruptor.

Hay residencias de ancianos donde estaría muy a gusto. Lo necesita, dijo, y señaló el sobre como para acentuar sus palabras.

Un lugar donde se ocupen de él, continuó. No puedo dejarte sola con toda la responsabilidad. Ahora que desaparece constantemente, ahora que está tan callado.

Habló durante largo rato, el eco de su voz resonaba en el recibidor. No tiene una voz fuerte, pero parecía haber reflexionado sobre lo que quería decir. Y me abrazó cuando se fue. Siempre lo hace.

Una residencia de ancianos.

Allí estaba, y allí lo he dejado desde entonces.

El formulario. Ocupará mis pensamientos, con independencia de lo que haga.

Algunos días no recuerdo el tono de su voz, no sé si era tan grave como creo, no soy capaz de imaginármelo. Su silencio. Las palabras son cada vez más escasas, como si algo se resecase por falta de nutrientes. Tras jubilarse le gustaba pasear solo, coger el autobús para ir al centro y subir la colina hasta la universidad. Sentarse en el viejo jardín junto al Museo de Historia Natural, donde se oyen las voces de los estudiantes en la calle, donde hay plantas, arbustos y árboles con su nombre y familia en pequeñas placas. Apacible, vallado. Allí se queda mientras el día transcurre sobre la

ciudad y termina cuando la luz se hunde tras los árboles, tras una de estas montañas, quizá lea, o quizá se limite a contemplar los dedos que sujetan el libro, los estudiantes que pasan por delante causando la impresión de un movimiento fragmentado al otro lado de la alta tapia verde.

Solía llamarlo cuando salía, al cabo de unas horas lo llamaba, a continuación hablábamos acerca de lo que debía traer a casa, pues por lo general se pasaba por la tienda de camino. Yo le decía lo que nos hacía falta, y él no necesitaba anotarlo, lo recordaba de memoria.

A Simon nunca le ha gustado el teléfono, siempre he sido yo la más habladora. Sin embargo, algo cambió. Al principio, durante las primeras semanas y meses, no me percaté; se fueron colando poco a poco. Las pausas, el silencio. Él terminaba las conversaciones tan abruptamente que a veces volvía a llamarle para preguntar si había dicho algo indebido.

No, qué podría ser, respondía. Y esas contestaciones fueron las que me preocuparon. Respondía lo mismo todo el rato. Como si tuviese una breve lista de respuestas diferentes frente a sí y eligiera las que cuadrasen más. Y algunas veces no cuadraban en absoluto.

Podía regresar a casa con la comida, o haberse olvidado de ella. Yo le decía que iba a preparar la cena, ¿tienes hambre?, no, gracias por preguntar, podía decir, o en eso no he pensado. Se sentaba a leer un libro, hasta que yo le ponía el plato y entonces tal vez tomaba un bocado y, al cabo de un rato, el siguiente, hasta que la cena se enfriaba y ya se había hecho muy tarde.

Aquel silencio suyo, que llegó gradualmente, en el transcurso de unos meses, medio año. Quizá diga gracias por la comida o hasta luego. Se ha vuelto formal, igual que el huésped de un hotel, en apariencia frío, igual que un desconocido con el que te cruzas en el autobús. Sólo de vez en cuando mira por la ventana o sonríe por algo que está leyendo o viendo en la tele, y pienso que ha vuelto. Como si hubiese llevado a cabo un viaje lejos de aquí. Pero si le pregunto qué está mirando, qué es lo que le resulta divertido, me mira como si no comprendiese nada. El médico, uno de sus compañeros más jóvenes, dice que simplemente ha envejecido. La solución, porque, por supuesto, existen soluciones para este tipo de condiciones, ¿por qué si no acudiríamos a un médico?, es un centro de mayores, un centro de día adonde Simon va dos días a la semana.

Lo llevo en coche. Me paso los días llevándolo a alguna parte. Él se acomoda en el asiento del copiloto y me espera. La primera vez que acudimos al centro, nos recibió una ayudante de dirección que nos guió por unos pasillos que recordaban a túneles con paredes de plástico, de un color blanco grisáceo institucional, estampadas con motivos agradables, puertas con corazones de madera hasta que llegamos a una sala con puertas de cristal donde había un grupo reducido de personas. Nadie alzó la vista cuando entramos. Los ancianos estaban sentados alrededor de una mesa, dos de los empleados conversaban en voz baja. A Simon le dieron una silla junto a la mesa, con los demás. Él seguía sonriendo. Pero en cuanto me dispuse

a irme, me siguió con la mirada. Sus ojos, sus manos en la mesa, los hombros encorvados en esta habitación, en este lugar. Éste no es tu lugar.

Ahora, cuando salgo, a menudo hay dos auxiliares jóvenes fumando en la entrada. Uno de ellos tira la colilla al suelo y la pisa justo en el momento en que paso por delante. Lo desalentador de ese movimiento. Muchas veces me he quedado en el aparcamiento, cual figura mitológica, vacilando, aquí se halla la frontera entre el mundo de los muertos y el de los vivos; yo cruzo aquel pequeño trozo de asfalto, Simon se queda allí dentro, en esos pasillos, y si me doy la vuelta, desaparecerá para siempre. Necesito contárselo a alguien, cómo me siento, por qué resulta tan difícil convivir con alguien que, de repente, se ha quedado en silencio. No es sólo la sensación de que ya no está presente. Es la sensación de que tú misma tampoco lo estás.